



EL PUENTE DE SALAMANCA.

ESPAÑA PINTORESCA.

SALAMANCA.



Salamanca, una de las ciudades de mas gloriosos recuerdos, poco estudiada por los extranjeros y menos por los nacionales, ofrece todavia entre sus ruinas recuerdos para el poeta, asuntos dignos para el historiador, y un manantial rico de observaciones para los amantes de las bellas artes. Su antigua grandeza se deja ver entre sus escombros, y las piedras empujadas de los restos de su gloria no pueden menos de despertar en los salmantinos sentimientos melancólicos por lo que son, é ideas de grandeza y de orgullo por lo que fueron.

Salamanca ocupa el centro de los pueblos llamados Vettonos ó Vectones de la antigua Lusitania. Su origen se pierde en la noche de los tiempos heróicos; algunos creen que fue fundada por Hércules Libico, otros por Hércules Tebano; pero la opinion mas comun tiene por fundador al famoso Teucro, hijo de Telamon, rey de Salamina. Si esta opinion es cierta, cuenta Salamanca mas de 3000 años de antigüedad. La voz Salamanca significa tierra de adivinacion; Antonino Pio, Plutarco y Julio Frontino la llaman *Salmaticæ*, Polyeno Macedon *Salmatis*, y Polybio y Lybio *Bernandica*, *Elmantica* y *Halmantica*.

Salamanca, á pesar de su antigüedad, no aparece en la historia hasta el año 550 de la fundacion de Roma, 220 años antes de la venida de Jesucristo. Hallábase entonces confederada con los romanos, y ocupaba un puesto importante entre los pueblos enemigos de Cartago. Deseoso Annibal de separarla de sus contrarios la ofreció ricos dones, pero ella los desechó constantemente guardando fidelidad á sus promesas y juramentos. Irritado el héroe africano atacó á los salmantinos y les obligó á rendirse imponiéndoles una multa de 300 talentos. Llenos de ardimiento y sonrojo los vencidos se negaron enérgicamente á cumplir las condiciones del vencedor, y sostuvieron con valentia un nuevo asedio, hasta que combatidos por huestes numerosas y aguerridas tuvieron que sucumbir sacando las vidas por único premio de sus esfuerzos. Abandonaron los salmantinos sus hogares; las mujeres sin embargo ocultaron las armas debajo de las ropas, animaron á los hombres, y les obligaron á combatir de nuevo. Los cartagineses fueron espulsados de Salamanca, mas no creyéndose seguros los salmantinos, se retiraron á los montes y obtuvieron una capitulacion honrosa. Annibal era valiente, y sabia apreciar á los héroes. Poco tiempo despues los generales romanos volvieron á ocupar todos los pueblos Vectones y entre ellos á Salamanca; pero mal avenido el pais con el yugo de sus tiranos se sublevó, y fue necesario que Marco Porcio Caton, Pretor de la España Ulterior, echase sobre ellos las cadenas con que la república romana oprimia las provincias conquistadas. Salamanca fué colonia de Roma durante los emperadores. En tiempo de Tiberio gozó del derecho de batir moneda, y uno de los duumvros de su curia hizo medallas en memoria de la patria y del emperador.

En los fastos de la iglesia aparece Salamanca como una de las sillas episcopales mas antiguas. El español Prudencio que vivió á mediados del siglo IV hace honorífica mencion de la mitra Salmantina, segun refiere Pedro de Marca, segun el Rmo. Argañiz, cronista general de la órden de S. Benito el primer obispo de Salamanca fué S. Pio martirizado en el año 83. En los concilios toledanos que se celebraron antes de la invasion de los mu-

sulmanes se encuentran las firmas de Eleuterio, Prudencio, Holemundo y algunos otros prelados de Salamanca.

En el siglo VIII las hordas sarracénicas inundaron la España, y se verificó el funesto trastorno que habian preparado los elementos viciosos y mal combinados de la antigua monarquía de los Godos. Salamanca fue invadida tambien, y sus habitantes se vieron forzados á residir en los arrabales para que no se apoderasen de las fortificaciones construidas dentro de los muros. Los prelados que tanta influencia ejercian sobre los pueblos, no pudieron permanecer entre los fieles, y se retiraron con Pelayo á las escabrosas montañas de Asturias. Sin embargo nuestros príncipes para que no se perdiese la memoria de las antiguas sillas episcopales, nombraban obispos *in partibus*. Quindulfo fue prelado de Salamanca desde el año 780 hasta el 792; sin duda á este sucederian otros, pero no se encuentra el nombre de ninguno hasta el año 864, en que aparece el de Sebastian I muy querido del rey Alfonso III. Por este tiempo fue Salamanca conquistada y perdida varias veces por los antiguos señores de España. A principios del siglo X fue casi destruida por el famoso Almandario; la abandonaron árabes y cristianos, hasta que la restauró el conde Fernan Gonzalez en el año 938.

En 1098 la repobló el conde D. Ramon; doña Urraca su esposa y él mandaron construir la catedral llamada *vieja* que fue consagrada en 1100 por el prelado Don Gerónimo Vichio. Despues de la batalla de Uclés en que murió el valeroso príncipe D. Sancho, hijo de Alonso VI, fueron de nuevo saqueadas y destruidas las ciudades que habian empezado á repoblarse, entre ellas Segovia y Salamanca.

Nuestro héroe monarca, aunque oprimido bajo el peso de los años, juntó los restos de su ejército, y poniéndose á la cabeza de sus huestes, obtuvo señaladas victorias, y le gustó rehacerse de las pasadas pérdidas. Mandó á las personas de mas alta importancia que volbiesen á poblar las ciudades abandonadas y que borrarasen las huellas de las calamidades que habian azotado á los pueblos. El conde Don Vela, infante de Aragon, repobló á Salamanca en el año 1110, y puso entre los blasones de la ciudad las barras sangrientas de la corona aragonesa con la orla de cruces de plata en campo azul. En las guerras desastrosas que sostuvieron con tanto empeño Aragon y Castilla en tiempo de la reina Doña Urraca, Salamanca fue uno de los pueblos que mas sufrieron por parte de los aragoneses. El obispo D. Gerardo padeció vivas persecuciones, y los templos fueron saqueados y profanados. Por el año 1130 hubo en Salamanca un cisma que duró cerca de dos años. Don Munio, prelado legitimamente depuesto, sostuvo con teson su autoridad, persiguió y encarceló á los que le hacian frente, y despreciando al metropolitano, al clero y al pueblo solo cedió á la autoridad del pontífice. Este hecho prueba que en el siglo XII la jurisdiccion episcopal no se encerraba dentro de los límites de lo eclesiástico sino que se extendia al gobierno administrativo y judicial de las diocesis. En aquel tiempo los prelados eran elegidos por el pueblo en union con el clero; despues de la separacion de D. Munio recayó la eleccion en D. Berengario, á quien se opuso el conde D. Pedro Lupo, lo que produjo un nuevo cisma que duró otros dos años. Las elecciones populares de los obispos, la anárquica y viciosa constitucion feudal, la debilidad de los monarcas y las sangrientas guerras con los árabes serian datos bastantes, aun cuando no hubiera otros, para resolver el problema de si la España era ó no venturosa en aquella época de tinieblas.

(Se concluirá.)

SANTIAGO DIEGO MADRAZO.

LA TORRE DE BEN-ABIL.

NOVELA.

(Continuacion: Véanse los números anteriores.)

IV.

LA CRISTIANA Y EL SARRACENO.



Declinaba el sol hacia su ocaso en una de aquellas calurosas tardes del mes de agosto, en que los vapores de fuego de la tierra se mezclan en la atmósfera con las nubes purpúreas del horizonte. Todo yacía en el silencio mas profundo al rededor del castillo de Aben-Gazan: apenas rizaba un aura ligera y tímida la superficie de los estanques del jardín: apenas se mecían con lánguido murmullo los álamos y sauces de las dilatadas alamedas. Parecía que la naturaleza cansada, estenuada con los calores abrasadores de la mañana, dormía melancólicamente, aguardando los zéfiros amorosos de la noche. Y sobre el cielo, sobre la tierra, sobre los aires se extendía una ráfaga inmensa de viva llama, mientras al borde del glorioso horizonte, entre palmeras y encinas asomaba el sol por última vez su disco abrasador. Comenzaba el fugitivo crepúsculo de Andalucía, y los pájaros se inclinaban en las ramas de los árboles para presenciar la despedida del astro de la luz, antes de undir su moribunda cabeza en el seno de los mares.

Las ventanas y balcones de la torre estaban cerrados aun, solamente una persiana entreabierta daba paso á la cristiana que inclinada en los hierros dorados del balcón contemplaba con melancólicos ojos el espléndido panorama que se desarrollaba á su vista. No era ya la tímida doncella que apenas alzaba el blanco velo en las sombras del templo, y que al lado de su piadosa madre escuchaba embebida en contrición devota las pláticas de los monges, y los sermones de los prestes. Su fisonomía casi infantil ha poco acababa de formarse: sus ojos rasgados y negros, llenos de vida, de deleites, de amor, estaban sin embargo oscurecidos por un velo de tristeza que les daba una espresion de resignación angélica. El óvalo perfecto de su semblante disputaba al marfil su blancura y su palidez: sobre su cuello caían en rizos irregulares sus rubios y brillantes cabellos: pero en su frente, en sus ojos, en los ángulos de su boca, vagaba una espresion que no era ni el amor ni el espanto: toda la firmeza de una resolución irrevocable, toda la abnegación de un sacrificio voluntario y doloroso prestaban á su semblante una magestad melancólica, cual debió tener Adán al resignarse á su grande y trabajado destino, tras las visiones y pacífica felicidad del paraíso.

Lentamente se levantó la cortina roja que cubría el fondo de la sala, y el sarraceno se adelantó tímidamente hacia el balcón. Inés estaba embbebida en sus pensamientos; la luna de plata que empezaba á luchar con los últimos reflejos del horizonte trepaba entre ligeras nubes por el azul del firmamento. Aben-Gazan inmóvil contemplaba á la cristiana: no se atrevía á interrumpirla, pero su actitud respetuosa, su tristeza, denotaban el profundo interés que subyugaba el corazón del moro.

— Hurlé de las hurtes: ¿qué te arrebató de tal manera? contemplas á Phingari sobre el cielo, ó aguardas que el ángel de la noche venga á cerrar tus ojos con sus dulces labios? Tu esclavo está á tus pies, é implora una mirada: habla.

La cristiana volvió la cabeza: su amante estaba á sus pies, y la miraba enajenado. Levántate, Aben-Gazan, ¿qué quieres de mí? ¿Mi amor? lo tienes: sí; lo tienes: porque el cielo y el infierno se han conjurado contra mi reposo: pero pretendes arrancarme los remordimientos que me devoran? pretendes que huya de mi memoria el recuerdo de mi patria perdida, la imagen de mis padres que me llaman, del Dios vengador á quien ofendo? No todo puedo sacrificártelo, y todo te lo sacrifico; pero mis penas, mis presentimientos vendrán siempre á helar el cariño de mi alma, á apagar el deleite que tu presencia me inspira; ¡Oh! si el redentor de los hombres tocara tu corazón, si la luz de la fé inundase tus ojos, ¡Aben-Gazan! lo juro; entonces nadie podría llamarse tan feliz como tu amante: Inés fuera tu esclava: no te amaría mas de lo que te ama: es imposible, pero al menos no se avergonzaria de adorarte.

— Mira, Inés: contempla allá tras los cipreses del jardín: aquellas columnas rotas, aquellas murallas que se desploman, aquellas fuentes agotadas, todas esas ruinas, ese polvo han sido un tiempo el asilo de los conquistadores del mundo. Ese cadáver de una ciudad es Asta-Regia: hace mucho, mucho tiempo trageron aquí los romanos sus legiones: el mundo entero era suyo: ¿dónde están? pregunta: á los sepulcros que aun cubren mis jardines: allí vinieron, allí lucharon, allí elevaron altares, y sus ídolos han caído con ellos: sus dioses han muerto, y entre los escombros de sus templos yacen sus restos informes. Cuantas veces desde este mismo balcón en que te inclinas ahora, he contemplado esas ruinas del tiempo, mas elocuentes que la voz de tus sacerdotes, y los gritos de nuestros santones fanáticos. Ellas me han dicho que el hombre vive y muere, esclavo de sus propias ilusiones: que el mismo crea á los fantasmas que le hacen temblar, para que luego venga una generacion que en nombre de otras creencias tan vanas, tan absurdas, pise con desprecio como nosotros los objetos de su idolatría.

— Te escucho con terror, Aben-Gazan: no sé que imperio fatal ejerce sobre mi alma tu palabra: me parece que blasfemas, y sin embargo no puedo maldecirte, ni huir como debiera tu presencia. Pero ¿porqué hablas así? Si todo lo que me cuentas es la verdad, si todo muere, si todo es perecedero y fragil como las ruinas que contemplamos ¿porqué no buscar tras la muerte un asilo que nos vuelva á unir á las personas que amamos en el mundo? La religion de mis padres ha sido revelada por Dios mismo: el que bajó á predicar su palabra, enseñaba el amor: el amor es la fuente de mi creencia. ¡Oh! Aben-Gazan, grande entre todos los guerreros de tu raza: escucha las súplicas de una mujer que te sacrificaría su vida. Abandona la senda de perdición en que camina tu alma: abre tu entendimiento á la fé; y serás el primero entre los cristianos, como eres el primero entre los idólatras.

— Calla, calla, Inés: dejemos esos pensamientos: sin comprenderla admiro tu religion de caridad y dulzura: yo sé que guarda recompensas para el justo y arrepentimiento para los que saltaron: pero ahora soy sarraceno: mis hermanos me han encomendado su defensa, y antes moriré que abandonarlos. Y luego, y luego, cuando los cristianos hayan dejado nuestro territorio, cuando el estandarte de la media luna ondee al soplo de la victoria sobre la pacífica Andalucía, cuando los hijos de

Muza y de Tarif levanten con nuevo esplendor el trono sublime de los califas, entonces mi adorada Inés será la reina de los reyes vencidos, como será dueña del corazón de Aben-Gazan. O si no quieres el imperio que te ofrezco, déjame vagar como nuestros padres por las montañas de la Siria, por los desiertos de Asia, sin mas patria que mi tienda, sin mas amparo que el cielo: y tu, Inés, tu serás la paloma de paz y la promesa de mi arca vagabunda: sé la estrella que guie la marcha incierta de tu amante. Mas allá de los mares hay una tierra de libertad: lejos allí de los tuyos, separado de los míos, iguales serán nuestros sacrificios; podremos vivir en esa dulce tranquilidad que anhelas. Y si nuestra vida no ha de estar exenta de peligros, si las tempestades de una fortuna contraria han de asaltar mi fatigada vida, tu amor, tu dulce amor compensará todas las desdichas. La suerte puede trocarse: los amigos pueden venderse: mi brazo puede desfallecer: pero tu corazón será siempre mío, y cuando todo cambie á nuestro lado, solo nosotros no mudaremos. Comunes nuestros males, comunes nuestros placeres ¿qué podrá separarnos? Mira: esa estrella que acompaña el trémulo paso de la luna, esa es la estrella del amor: mira que luz tan pura vierte sobre la pacífica tierra: en todas partes nos alumbrará. Decide tú de nuestro destino. Contigo todos los trabajos me parecieran fáciles, dulces todas las penas, encantadores todos los climas. Habla, Inés: ¿podrás separar mi vida de la tuya? ¿podrás abandonarme?

La cristiana no respondió, pero sus ojos se fijaron melancólicamente sobre los ojos de Aben-Gazan: su cabeza cayó sobre el hombro del moro, mientras que una lágrima surcaba su pálida mejilla.

La cortina del salón volvió á levantarse, y un esclavo negro se acercó, inclinándose respetuosamente hacia el jeque sarraceno.

— ¿Qué quieres? preguntó con voz severa el moro ¿qué has venido?

— Señor, respondió el esclavo: Almanzor y Muza te aguardan en el jardín: dicen que tienen que hablarte al momento, y por eso tu fiel servidor se ha atrevido á interrumpir tu coloquio.

— Marcha. — Aben-Gazan hizo una señal con la mano, y el esclavo se retiró: Adios, murmuró en voz baja á Inés: tal vez tenga que ausentarme: el corazón de tu amante queda contigo; ¿me será permitido esperar que pensarás en mí?

Oh: vuelve, respondió la cristiana: vuelve: ya no tengo mas patria, mas familia que tú: vuelve. ¿Qué será de mí si me abandonas?

Aben-Gazan salió, y en el patio encontró á los dos moros envueltos en sus blancos albornoces. ¿Qué dicen los cristianos del combate de la sierra que dispone el adelantado?

El adelantado ha muerto allí, respondió con gravedad Muza, y su hijo Rodrigo ha jurado vengarlo. Prepárate, Aben-Gazan, porque la insurrección fermenta: nuestros hermanos han cobrado bríos, y todo está dispuesto para libertar á la ciudad sagrada del yugo nazareno. Las armas están distribuidas y guardadas: á una señal se levantan como por encanto los combatientes y degüellan á los cristianos. Prepárate, porque se te aguarda: cuando te hayas presentado delante de las murallas, acomete sin vacilar: un clarín sonará dentro de la ciudad, y entonces los castellanos sucumbirán: ni uno solo se salvará del dogal ó del cuchillo.

Iré, respondió el gefe sarraceno: pero la vida de Rodrigo ha de ser mía: guardadlo: me lo entregareis: no pido mas que ese premio por mis esfuerzos.

Todo es tuyo, replicó Almanzor: tu dispones de nuestras vidas, de nuestras suertes: pero guárdate de esa compasión que manifiestas hacia los cristianos, porque son como las serpientes que devoran el pecho que las abriga. Venganza por venganza! Sangre por sangre! ¿dónde están nuestras mujeres, nuestros padres, nuestros hermanos? que el verdugo sea víctima á su vez.

No.» Dijo Aben-Gazan: la suerte de los prisioneros quedará arreglada después de la victoria: marchad: mañana enviaré las tropas á la garganta de la sierra: al día siguiente iré yo mismo á asaltar la ciudad: secreto y discreción; al ponerse el sol ese día alumbrará el estandarte de la media luna sobre la mezquita de Jerez.

(Se concluirá).



RECUERDOS DE VIAJE.

CADIZ.

(1839).



Delgada entre las sombras de la noche y al incierto reflejo de la luna se dibujaba á lo lejos sombría y fantástica la inmensa montaña á cuya falda se estiende esa ciudad medio española, medio inglesa, mitad europea, mitad africana, Gibraltar, ese pueblo de católicos y protestantes, de árabes y judíos, de soldados y contrabandistas, se veía desde lejos triste, sombrío después que el cañonazo de la tarde había impuesto silencio á aquella ciudad de comerciantes. Oíase á lo lejos la voz del centinela, el canto del cárobo nocturno, ó el murmurar de las olas que iban á estrecharse en playas africanas. ¿Cuánta poesía para el alma, cuántos recuerdos para un corazón español! Dos mares allí, dos mundos ante nuestros ojos; á un lado el mundo de las pirámides, al otro el mundo del Capitolio; allí la patria de Mehemet-Ali, aquí la de Napoleon!

Hubo un día en el que el hombre en su loco orgullo, señalando aquellos montes, dijo al mundo. «No hay mas allá! ¿Dónde están hoy las columnas de Hércules? ¡Miserable impotencia!

Hace once siglos los hijos de Allá ocupaban esas playas; hace once siglos el estandarte de la media luna se miraba donde hoy se despliega al viento el leopardo de Albion. Y qué, patria mía, ¿será por siempre tu destino

ver tus campos, tus playas, tus ciudades presa de enemigos? Recordar que han existido un Cid y un Gonzalo, un San Fernando y una Isabel, y al tender los ojos á las ciudades que ellos conquistaron no ver la enseña victoriosa de nuestros padres!...

Los gritos de los pasajeros que en la magnífica cámara de popa celebraban un banquete vinieron á sacarme de mis pensamientos.

Bebamos, y olvidemos
El tiempo que ya fué.

Después cuando se aguraron la botellas de Champagne y de Burdeos, cuando los unos cayeron beodos y los otros mareados, á los brindis del banquete, á los gritos del festín se siguieron instantes de un silencio sublime. Las olas venían de vez en vez á mojar la proa de la nave, ó á empañar los cristales de la cámara. Escuchábase tan solo el sonido del reloj que daba la hora, la voz del piloto que señalaba el rumbo, ó la patria canción del marinero escocés.

Ocho horas habían pasado cuando un grito de alegría vino á despertarnos de nuestro sueño. Era el grito de la tripulación que saludaba al sol nacido al mismo tiempo que á Cádiz que al lejos se veía.

Nunca podré olvidar aquel instante de mi vida. A diez y ocho años, cuando el corazón vive de ilusiones, de sensación el alma, cuando todo es poesía para la imaginación, era aquel espectáculo uno de los mas sublimes que se pudieran ofrecer á los ojos.

Desde la popa del navío se miraba el inmenso Océano cual poblado bosque cubierto de bajeles, cuyas banderas de mil y mil colores se desplegaban al viento. A nuestro alrededor pueblos que se dibujaban á los primeros rayos del sol en el Oriente, y sobre todo eso, y dominando á todo eso, Cádiz, la hermosa ciudad de Andalucía, saliendo del mar blanca, pura, encendida á los primeros reflejos del astro brillante del mediodía. Era una virgen esbelta, cándida, amorosa en el día de sus bodas. ¿Y quien no ha soñado cuando niño al leer la historia de nuestra patria con la colonia de los Fenicios, con la ciudad querida de Hércules y Julio César? Y después, ya joven ¿quién no ha consagrado un pensamiento á la ciudad emporio de dos mundos, á la cuna de nuestra libertad, de nuestra independencia nacional?

Granada, Sevilla tiene una vega, un Guadalquivir, una Alhambra, ó un Alcázar, tienen campos de flores, cármenes y jardines de naranjos y limoneros, pero Cádiz tiene su cielo nacarado, sus mares y sus brisas, sus castillos y su muralla que bañan las olas del Océano.

La lancha había ya llegado, y los pasajeros saltamos en ella. «Aquel vapor de hierro que veis allí, nos decía el marinero, es para el gran Tarco: está hecho en Inglaterra, y es un regalo de la Reina Victoria al Sultan. Aquel otro navío en el que veis la bandera tricolor llegó ayer de Burdeos; esa magnífica fragata saldrá mañana para el nuevo mundo. ¿Quereis ir al puerto, á Sanlúcar ó á Sevilla: dentro de media hora sale el Guadalquivir. Y toda esta relación era interrumpida de tiempo en tiempo, por alguna de esas canciones de una música tan vaga, tan sentida y melancólica como son todos los cantos de la Andalucía.

Momentos después saltábamos en la muralla, y atravesando la puerta de la mar nos encontramos en Cádiz, en la bellísima Cádiz. Al ver aquellas casas ya blancas como armiños, ya pintadas de mil colores, aquellos patios tan limpios, sus azoteas llenas de flores, jardines artificiales debidos á la mano del hombre, aquellas calles tiradas á cordel, llenas de lucidas tiendas y transitadas por

todo un pueblo el mas elegante, el mas civilizado de nuestra España, conocimos con cuanta razón se la ha llamado la perla de la Andalucía, la taza de plata de nuestra nación.

Yo no sé donde he leído que aun en los últimos días de nuestro gran Colón, su alma poética abrigaba la esperanza de encontrar aquellas doradas ciudades del imperio de Asia que ocupaban todos sus ensueños de gloria. No sabía el grande hombre que llegaría un día en que en nuestra España se cumplieran sus ensueños.

Pero Cádiz, dicen, va perdiendo por instantes. Es un gigante que ve desfallecer sus fuerzas, y que en vano defiende su antigua gloria, su antiguo poderío.

Sus casas anhelaba ver: la casa de Gargollo; San Felipe Neri y la plaza de San Antonio son sus páginas escritas de nuestra historia moderna.

La casa, palacio un día, tenía una cadena á la puerta: aquella era la señal de que la había habitado un rey. Vamos claros; me dige, ¿quién llevó las cadenas, el pueblo ó el monarca?

En San Felipe había dos letreros, el uno escrito con letras de oro, el segundo con tinta: 1812, 1823.

La plaza de San Antonio es el paseo y tertulia de Cádiz. En las noches del estío ves allí á todo un pueblo que se entrega al contento y al placer. Yo no sé lo que tienen las gaditanas: bellas y elegantes, ardientes y pudorosas reúnen todo el encanto de las sevillanas, todo el sentimiento, toda la elegancia de las hermosas de Madrid. Y al ver esa mujer que pasa aérea, esbelta, bella cual los ensueños de niño, esa mujer de ojos negros, rasgados, húmedos y brillantes, de rostro pálido ó sonrosado, cuyo pie ligero se esconde en la revuelta falda, cuyas negras trenzas se dejan ver por entre esa mantilla que vela tanta hermosura, al mirar esa mujer que te recuerda tus bellos fantasmas de niño, tu, *hombre de mundo*, ¿qué es lo que sientes en tu corazón antes fío?

Huye, aléjate de estas playas, do el sol, los árboles, los pájaros que cantan, la brisa que murmura, la naturaleza toda respira amor; huye si, de eso que tu llamas ilusión mentida, y que es una ilusión tan bella; huye y deja á mi corazón joven que se embriague en su delirio.

El teatro de Cádiz es uno de los mas bellos de España. Aquellos palcos con cristales, aquella galería que le rodea, como una cinta de mil colores, y en la que las bellas gaditanas pueden lucir esa cintura que se pierde entre los pliegues del vestido, y ese cabello cuyas trenzas caen sobre el pecho virginal, aquel foso tan espacioso, todo lo hace digno de la ciudad un día emporio de dos mundos. La vez primera que estuve en él, se representaba esa inimitable comedia de Moreto: *el desden con el desden*.

Cádiz tiene dos paseos: la muralla para tomar el sol en los días de diciembre, la alameda para respirar la brisa del mar en las tardes del estío.

Una de esas tardes al ocultarse el sol en las ondas del Océano el cielo estaba mas rojo que de costumbre. La gente había abandonado aquellos sitios para ir á pasear á la plaza de S. Antonio, y un silencio sublime reinaba en aquellos instantes. Bella es la hora en que el último rayo del sol vá á perderse en el lejano horizonte; pero allí, bajo el cielo de Andalucía, á orillas del mar ese instante solemne, religioso es mas bello, mas magnífico aun. Las olas del mar por entre las piedras de la dormida muralla venían á morir á mis pies; la gran muralla estaba sola enteramente. Entonces olvidándome de nuestros días quise perderme en el laberinto de los siglos. ¿Dónde está el anfiteatro romano, dónde el templo de Hércules? El tiempo lo ha destruido todo. En aquel momento, ten-

diendo la vista sobre el mar cubierto de innumerables buques, me creí transportado al tiempo de Felipe II y Carlos III. Sí, aquellos bajeles componen la *gran armada* que vá á llevar la guerra á la orgullosa Isabel, aquellos los que van á conquistar á nuestro Gibraltar. Pero la bandera que se desplegaba estendida al viento no era la española. Sobre la superficie de las aguas había un letrero: *Trafalgar*. El Océano había sido el sepulcro de nuestro poder.

A los pocos momentos empezó una de esas tormentas de verano tan frecuentes bajo el ardiente cielo de Andalucía. Había á poco trecho una desamparada garita, y allí fui á guarecerme de la tempestad. Retumbaba el trueno en los ámbitos del cielo, el relámpago iba á apagarse en las ondas del mar, y de cerca se escuchaba el compasado caer de la lluvia, el soplo del huracán y los gritos de los marineros. Flotaban los buques sobre las aguas del Océano: chocándose los unos contra los otros ó rompiéndose contra las *puercas*. Las olas se estrellaban contra el borde de la gran muralla, y no parecía sino que el mar quería tragarse á la ciudad. Media hora después la tormenta se había disipado: la luna se miraba salir de entre las nubes anunciando á la temerosa ciudad, cual el arco iris al mundo, que aun le quedaban días de existencia.

Y esto es vivir, y esto es vida?

Y qué importa? Otros pueblos tienen la lava de los volcanes, ó el temblor del terremoto. Pues bien, Cádiz tiene al Océano que la tragará un día.

Al saber que varios buques de la Gran Bretaña se habían estrellado contra las rocas, que nada quedaba ya de aquellos bajeles que orgullosos parecían desafiar á la ciudad un día llave de los mares, no pude dejar de exclamar, como J. Janin, «aprende, pueblo de comerciantes.»

Un día un ruido inmenso vino á despertarme de mi sueño. Se oía el eco del cañon, y en la ciudad la voz de las campanas que anunciaban la nueva festividad. Aquel día debía bendecirse la nueva catedral. En 1839 había algo de grande, de poético, de sublime en ver á un pueblo que ve decaer su poder, correr al templo del Señor. Era el hombre que se inclinaba ante la divinidad.

Corre pueblo á los altares, entona el himno de alabanza al Dios de nuestros padres. No importa, no, que hoy sólo tengas un recuerdo de lo que fuiste, que el Dios que te arrojó en el Océano cual inmenso bajel en medio de los mares, que el Dios que te hizo un día emporio de dos mundos también puede volverte tu gloria y tu poder.

DIEGO COELLO Y QUESADA.

CRÍTICA LITERARIA.

DE LA NOVELA MODERNA.



Diffícil es dar gusto al público con una novela; y no será ciertamente porque el género haya pasado de moda: nunca, al contrario, se ha mostrado mas libre, mas atrevido, mas

grande que en nuestro siglo. La novela ha penetrado en todas partes: es el alimento de todas las imaginaciones, y siempre caída, se levanta triunfante siempre, revestida de nuevos y mas seductores atavíos. Antiguamente (y no es muy lejana esta antigüedad) la novela era el patrimonio de los talentos superficiales y frívolos: sus autores eran mirados con indiferencia, sino con desprecio, y apenas se le concedía por compasión un asiento en el alto Congreso de la literatura. Las posiciones han variado, y el drama poco ha triunfante y orgulloso, ha naufragado en el analisis de la crítica y el escepticismo de la época. Para elevarse á mayor altura, para conservar su antigua importancia, no ha perdonado sacrificio alguno: pero todos los sacrificios son inútiles, cuando llega la hora fatal de la decadencia ó de la transformacion. La comedia y la tragedia, estas dos bellísimas hermanas, hijas de civilizaciones grandes y pérdidas, fueron casi desterradas del teatro, sin tener en cuenta la nobleza de su origen, la magestad de su existencia y la antigüedad de sus servicios: su misma severidad, su tranquilo decoro han sido los motivos de su ruina. Ha venido en su lugar el drama, lleno de pretensiones, de exigencias: todo lo ha tocado en poco tiempo, todo lo ha corrido; se ha presentado bajo todos aspectos, y siempre el público impaciente le ha pedido nuevas formas. Ahora se muestra cansado, exánime al fin de su carrera; y al volver los ojos á la Francia, á la Inglaterra, á la Alemania, los amantes de las creaciones teatrales, los que tienen fé en el adelanto dramático ven con dolor indiferente al público á sus esfuerzos, corriendo tal vez tras las antiguas comedias de Molière, las portentosas producciones de Shakespeare, y las admirables tragedias de Schiller. Nosotros, que en nuestra atrasada marcha, oímos tardíos y confusos los ecos de las naciones que pretendemos imitar, nosotros que admiramos siempre lo que está ya probado y gastado en otros países, nos complacemos aun en el monstruoso artificio de los dramas modernos, insulsas imitaciones de groseros originales.

Esta que es para nosotros indisputable verdad, será considerada como una atroz blasfemia por los fanáticos entusiastas de la moderna escuela. Sin negar el mérito, la sublimidad tal vez de algunos dramas contemporáneos, juzgamos poco apreciable el género dominante, y no culpamos á los autores, porque no son culpa suya las exigencias y el descontento del público, corrompido poco á poco, educado por decirlo así, con estravagancias y exageraciones.

Pero si el drama ha perdido su influencia, la novela la ha ganado; y la ha ganado á tan alto punto, porque se ha confundido en cierto modo con él, aceptando su animacion y su viveza, desechando su precipitacion y sus contrastes. La novela no se presenta ya como antes se presentaba, tímida, monotona y fria, pintando tipos uniformes de imposible virtud y de imposible perversidad. Ni *Carlos Grandisson* ni *Clara Harlowe* producirán emociones en este siglo materialista, pero razonable. No pedimos al pintor iguales grupos de figuras blancas del todo, ó del todo negras: deseamos ver la representacion de la vida, pero de la vida comun, con sus defectos, sus violencias, sus goces, sus pesares, sus crímenes, sus virtudes; mezclados, confundidos, como son en sí: no pretendemos que se dé alma á una abstraccion del entendimiento: pedimos que se copie á los hombres que hablan, que se mueven á nuestro lado, porque al examinarlos, al conocerlos, conocemos también el mundo y la naturaleza. La sociedad de nuestro siglo es infinitamente variada, infinitamente inquieta: ha pasado por todas las situaciones: en su frente han venido á estrellarse las revoluciones

mas terribles, las reacciones mas sanguinarias: en su seno han ido á fructificar las mas atrevidas teorías, los mas extravagantes sistemas; y ella lo ha escuchado todo, todo lo ha visto: el hombre no vive ya como vivía, pegado, como á una concha, á la posición que su nacimiento, su riqueza, y agenas preocupaciones le formáran: el hombre choca hoy á cada momento con el hombre: en todas partes se encuentran, en todas partes combaten, y de todas estas luchas, de todos estos choques, nace un sentido comun, que no es ya como en otro tiempo, el conocimiento de la vida, es el conocimiento de la humanidad.

Para esta civilización de medias tintas, para esta sociedad sin barreras que se atreve á todo, y á todo alcanza, era necesaria una novela que, satisfaciendo á las exigencias del interés y de la moral, reflejase en sus páginas, como en un espejo inmenso, la eterna duda, el incesante anhelo, la confusión, los gritos, las esperanzas de la humanidad que levanta sus tiendas para entrar en terrenos desconocidos: en terrenos que podrán ser la tierra de promisión, pero que podrán ser también el desierto y la soledad. Mucho tiempo, hacia que existían los elementos de esta novela: pero dispersos, sin conexión, sin base. El genio de Walter Scott los sacó de tan profundo caos, dando un género nuevo, que por su giro y su interés dramático, la verdad de sus pinturas correspondía á la sociedad presente, y por sus recuerdos, sus leyendas, sus animadas historias, se enlazaba con las mas bellas tradiciones de la sociedad antigua.—Las imitaciones de Walter Scott se han agolpado en pocos años con profusión increíble vacías, exageradas, sin fondo histórico ni social, hubieran podido desacreditar las magníficas creaciones del Homero escocés; si no brillasen en ella claros y puros los rayos de una filosofía consoladora, el profundo conocimiento de la humanidad que nunca pasan, que gustan siempre, porque son de todos los tiempos y de todos los países.

En el día la novela se ha lanzado en todas las sendas sin vacilar y con fe. Las costumbres de antiguos tiempos, las artes de otras épocas, las ciencias enterradas con el siglo que ilustraron, vuelven á reinar en el mundo, levantándose de sus tumbas para encantar la imaginación de los lectores.—Por otra parte, atacando los dogmas religiosos, minando por su base los cimientos de la sociedad, proscribiendo con escarnio todos los restos de instituciones venerables y caídas, la novela es una palanca de destrucción que arrolla en un instante lo que edificó lentamente la filosofía. La novela habla á las imaginaciones, y la mayor parte de los hombres obedecen á su imaginación. Así van admitiéndose como axiomas en la sociedad las mas extrañas paradojas; así parecen naturales los contrastes mas exagerados; así adquieren cierto brillo romanesco los mas extravagantes sistemas.

Al leer una novela original que tenemos á la vista, descansa alegre la imaginación. *La protección de un sastre* es un cuento, si cuento puede llamarse, en que no hay crímenes ni sistemas, ni contrastes, ni sofismas, ni revoluciones sociales, ni predicaciones políticas. Escrita sin pretensiones, sin trabajo, sin preparación alguna, no tiene enredoso argumento, ni interés dramático: pero en cambio es una graciosa conversación en que los pensamientos profundos vienen envueltos en frívola corteza, en que los chistes son oportunos y abundantes, fácil y correcta la locución. El autor tuvo ciertamente un plan al empezarla, pero cediendo al impulso de sus ideas, se ha engolfado en continuas digresiones que entretienen y divierten la atención mas que pudiera hacerlo la complicación de muchos lances: el lector al acabar la novela,

pide cuenta al autor de sus distracciones, pero vuelve á abrir el libro para distraerse de nuevo.—El estilo es original y fácil: infinitamente dócil se dobla con la mayor flexibilidad á todos los pensamientos del escritor: á cada paso se corta, se enreda, ó se estiende cautivando la atención con tanta variedad.

Hariamos un análisis del argumento, pero su trama es tan sencilla, que en dos renglones pudiéramos explicarla. Es la vida de un hombre que viene cándido y pobre á Madrid: sus alternativas, sus miserias, sus esperanzas son las esperanzas, las miserias, las alternativas de tantos otros que vienen á buscar á Madrid un porvenir incierto. Es un hombre que comienza á vivir en la sociedad con los defectos comunes, y las virtudes vulgares: no es un héroe, víctima de inmensas desgracias, con admirable talento y sin igual valor: vive, siente como todo el mundo, y es una figura verdadera, porque es una figura natural.

El argumento, y lo repetimos, falta casi completamente á la novela; y sin embargo tiene un encanto particular de lenguaje y de estilo, de digresiones y pensamientos originales, de candidez y de talento, que se lee con suma delicia, sin cansar un momento la atención. Es un difícil problema fácil y venturosamente resuelto.

La novela del Sr. Alvarez es una de las mas lindas y raras producciones que se han presentado al público español, y si nuestros lectores quieren gozar un rato de dulce entretenimiento, y amenas distracciones, le aconsejamos la lectura de *La Protección de un sastre*.

S. B. DE C.

POESIA.

A UNOS OJOS.

Ojos llaman á esos ojos!
¡Válgame S. Hilarion!
No pienso oír en mi vida
un disparate mayor.
¿Qué ojos, ni qué calabazas?
bota-fuegos si que son:
cannibales, trogloditas,
beduinos... ¿qué sé yo?
Ojos que de muertes viven,
á guisa de enterrador,
cuyo oficio es del verdugo,
la sangrienta ocupación;
Nombre de ojos no merece
ni otros que á los ojos dió
el bando de los poetas,
de apodos grande inventor.
No se han de llamar luceros,
ni compañeros del sol,
ni capdillos flecheros,
ni saetas del amor.
Cazadores son de oficio,
que en su dañina afición,
el día que matan poco
se ponen de mal humor.
¿Qué matan he dicho á secas?
¿Qué matan?... ¡Jesus, señor!

Y tanto, que en lo asesinos
no tienen comparacion.

Un Cabrera es cada uno;
dos Oregitas los dos;
sus miradas, dardos.... tiros
á metrala de cañon.

Han dado en llamarlos buenos,
pero es equivocada voz:
bueno llaman en la plaza
al toro mas matador.

Menos gente en cien visitas
mata un médico doctor,
que ellos así á la callanda
de una ojeadita ó dos.

Es infeliz á quien miran...
así... con cierta intencion,
¡hay! no tiene otro remedio
mas que encomendarse á Dios.

Si miran medio do midos,
siente uno frio, calor,
angustias, hipo, calambres,
y acabó por convulsion.

Si es mirada de soslayo,
entonces mucho peor,
que el rabo de vuestros ojos
rabo es de alacran atroz.

Si á alguno miran airados
¡qué desconsuelo! ¡qué horror!
entra el frenesi, el delirio,
y aquel hombre ya murió.

Si miran indiferentes,
ah! qué desesperacion!

Es caso de suicidio,
y no hay remedio mejor.

Lo que consejas antiguas,
ó poética ficcion,
suponen del basilisco,
se cumple, señora, en vos:

Pu s con mirar dais la muerte
infundiendo tal ardor,
que cada pecho es un Etna,
una Troya y un Moscov.

Dicen que allá en el desierto
el bendito S. Anton
diabólicos artificios
del infie no resistió;

Y que visiones muy feas
en horrenda tentacion,
ni hacerle pecar pudieron
ni amedrentar su valor.

Quisiera yo que viviese
hoy dia el siervo de Dios,
á ver que tal resistia
ese mirar tentador.

Quien lo resista, y no peque
siquiera con la intencion,
á la palma del martirio
se hace sin duda acreedor.

¿Y cómo permite el cielo
que con su industria feroz
sigan menguando esos ojos
de España la poblacion?

Tobías, que jamás hizo
daño ninguno, cegó;
¿y no hay una golondrina
para esos ojos, señor?

La suerte de Belisario
merecerian: varon
que dejó de hacer la guerra
luego que de ver dejó.

Aunque acaso vos seriais
como el forzado Samson
que ya ciego, á centenares
los filisteos mató.

Conserva á santa Lucia
el mundo gran devocion,
por las mil agras curas
que en ojos malos obró:

Hiciera al orbe cristiano
la santa ma or favor
si en vez de sanar mil ciegos
os dejara ciega á vos.

Y como á cada alma sola
acometen ellos do,
hay lo de dos contra uno,
que es en proverbio traicion.

Si al menos fuese uno solo,
ya mudaba la cuestion;
partamos la diferencia;
de los males el menor.

Ya que no cegueis, señora,
pongámonos en razon,
quedaos tuerta siquiera,
quedaos tuerta por Dios.

Un ojo abierto le basta
á cualquier buen tador
para dar muerte al ser vivo
á quien su tiro asestó.

No errareis la punteria
con solo un ojo; que no
mas certera es la scopeta
por ser de doble año.

Y siquiera, de consuelo
me servirá en mi afliccion,
ver que mi mal sufre en parte
quien todo mi mal causó.

Cegáronme vuestros ojos;
y no es exageracion,
que á no ser ciego, *vel quasi*,
no usara estas gafas yo.

Mirad, si con justa causa
tengo á esos ojos rencor:
pues que me hicieron el daño
sin darme reparacion.

Si al menos solo un momento
me miraseis con amor!
Yo entonces de sus agravios
les concediera el perdon.

Que en un punto acabarían
mi existencia y mi dolor,
haciéndome sus miradas
añicos el corazon.

EL ESTUDIANTE.



Se suscribe al Semanario Pintoresco en Madrid en la librería de Jordan calle de Carretas, y en la de la Viuda de Pan frente á las Covachuelas. En las provincias en las administraciones de correos y principales librerías. Precio de suscripcion de porte. Por tres meses catorce reales. Por seis meses veinte y cuatro reales. Por un año treinta y seis reales. En las Provincias francas de porte. Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte á la Administracion del Semanario, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

En las mismas librerías se halla abierta la suscripcion á la primera serie del Semanario; tres tomos en folio (1856, 1857 y 1858) y los Señores suscriptores pueden recoger la primera entrega, continuando la publicacion de las demas, en los términos anunciados en el prospecto.

MADRID: IMPRENTA DE D. TOMAS JORDAN.